

## CULTURA LATINOAMERICANA

★ Veinticuatro intelectuales habían sido reunidos en una de las salas de la Casa de las Américas, en La Habana, para iniciar su tarea como jurados del V Concurso Latinoamericano de Literatura. Todos americanos, salvo tres: el español Blas de Otero y los italianos Italo Calvino y Valerio Riva. Si muchos se conocían por sus obras, la mayoría no se había encontrado cara a cara. Observándolos cautamente y refiriéndose, se concluía con que no había ninguna vinculación estética o política que los unara: representaban tantas posiciones artísticas como ideológicas. Allí estaban, entre los poetas, el argentino Juan Gelman, la uruguayaya Ida Vitale, el cubano Heberto Padilla y el norteamericano Marc Schlessifer; entre los juzgadores de novela, Fernando Benítez, la ensayista Camila Henríquez Ureña, el joven narrador cubano Lisandro Otero, y entre los juzgadores de cuentos María Rosa Oliver, Enrique González Casanova y los escritores cubanos Ambrosio Fornet y Salvador Bueno; entre la gente de teatro nuestro Atahualpa del Cioppo, Isidora Aguirre, el argentino Alejandro Verbitsky y el cubano Vicente Revuelta; entre los drásticos miembros del jurado, que habrían de declarar desierto su concurso, Adolfo Sánchez Vázquez, Jacobo Arbenz, Guimerindo Martínez Amengual y Pedro Duno.

Si se levantaban los ojos hacia los muros, una galería de retratos recogía los rostros de anteriores jurados, haciendo de la pluralidad, un verdadero caos: Erzequiel Martínez Estrada, Carlos Fuentes, Julio Cortázar, Miguel Ángel Asturias, Alejo Carpentier, Elviro Romero, Sebastián Salazar Bondy, Claude Couffon, Rafael González Tuñón, Emilio Carballido, etc. Casi una panorámica de las letras americanas, en sorprendidas instantáneas.

Hayde Santamaría, que los había reunido y hacía las tareas de dueña de casa, explicaba familiar, confusamente, la situación: "nunca hemos recibido tantos originales", "a pesar de las dificultades, de alguna manera llegaron", "la poesía es la más nutrida, casi un centenar", "hienen toda la libertad", "nada se les exige", "una sola cosa nos preocupa: descubrir obras de calidad", "declaran desierto si no les conforma el material", "la jerarquía artística del concurso", "trabajen como mejor les plazca", "la más alta calidad", "vayan donde quieran", "las mejores obras", "desierto", "todas las demás mujeres del gineceo se hamañaban tropicalmente. Los visitantes tomábamos café, displicentemente. Recién a la tarde los camiones nos arrojarían en nuestras habitaciones el cargamento..."

La Habana tiene la clara simpatía de Montevideo, con una pizca más intensa: la que pone su locus rumbera. Desde la habitación se ve hervir la Ciudad moderna hasta el malecón. Allí empieza el verde y azul mar de las Antillas, hasta la línea del horizonte donde el Oxford recuerda que esta paz y esta alegría están vigiladas. Sobre la alfombra, sobre la cama, la mesa de luz, la cómoda, sobre las sillas de la terraza, en el borde de la bañera, en los placares, se distribuyen cómodamente los originales. ¡Qué selva tropical es comparable, en esta América, a la selva de sus novelas!

La irrefragable unidad americana se revela, esplenófocamente, en este magna narrativo, donde sin embargo hay nitidas diferencias regionales, no sólo en los temas, sino también en el tratamiento técnico de los materiales. Aquí acrecentada, porque la participación en este Concurso parece presentarse a los autores como una opción política y estética: la novela social latinoamericana, con su generosidad y sus debilidades, abunda. Prácticamente está representada toda la gama, desde los "naif" que ordenan aventuras inverosímiles, casi como en las novelas de caballería, hasta las más elaboradas artísticamente, pasando por los testimonios indigenistas cuya vigencia, al menos en estos modos, está definitivamente concluida. Junto a ella abunda la novela psicológica ciudadana, con una estructuración formal avanzada, y un lenguaje más vivaz y elíptico, aunque ella es patrimonio, sobre todo, de la cuenca rioplatense. En unas y otras domina el realismo, y pocas veces levanta vuelo la fantasía.

Cuando un jurado almuerza, cena y pasea junto, su tarea se torna más rápida y agradable, y, sobre todo,

más conversada. Además los teléfonos internos del hotel ayudan a una constante comunicación: "¿leé la 18 que es de tu pago?", "¿qué quiere decir ciruja?", "como si dice partigiano in spagnuolo?", "llegué a la página 114 de la del altiplano, debo seguir o me espera la muerte?", "recomiendo la heroína" (todos la recomendaban: cuando el agotamiento del leer llegaba, todos nos zambullíamos en un desopilante "naif", "Somnia (sic) Malenkov, heroína soviética", donde, una vez superada la ortografía delirante, se obtenía una diversión purísima").

La 23, Los relámpagos de agosto, de Jorge Ibergüen-goitia, que obtuvo el premio, no es una gran novela, pero tiene la novedad de su fresco humorismo, rasgo bastante inédito en una narrativa trágicamente telúrica como la latinoamericana. Después de tanto "tremendismo" sobre la revolución mexicana, este ángulo sutil de recontar ep bromas la época de Calles, resulta a la vez muy mexicano—muy charro, muy cantinflas—y muy eficaz para aguzar la crítica de un tiempo pasado y presente. Las falsas memorias del general Guadalupe Arroyo funcionan como un ingenioso sistema de anti-lusionismo, y son útiles para desifrar la retórica patriótica, no muy diferente en 1928 de la que hoy usa Díaz Ordaz para su estruendosa campaña electoral. Fue el humor sarcástico de la novela su carta de triunfo, y contra las objeciones de algún uruguayo serio, se lo aducía: "Ma é una cosa divertente!".

La obra de difusión cultural que cumple la Casa de las Américas es realmente admirable, hecha con un criterio artístico afinado y amplio, con una preocupación de representar los mejores valores de la auténtica cultura de Latinoamérica. Este concurso, dotado con premios elevados (mil dólares para cada categoría) y con una edición de muchos miles de ejemplares, es sólo una parte de su actividad sobresaliente. Ya ha iniciado, con gran éxito, una colección de autores americanos, donde ha publicado las Memorias de Blas Cubas de Machado de Assis y el Teatro de Florencio Sánchez. Para un uruguayo es una felicidad muy personal encontrar que el volumen conteniendo las más importantes obras de Florencio se ha editado a cinco mil ejemplares; y es motivo de resentimiento recordar que en su país no hay todavía una edición oficial del primer dramaturgo. Esa colección no recoge solamente autores del pasado, sino que anuncia escritores del presente: así Los ríos profundos de José María Arguedas, así El astillero de Juan Carlos Onetti, así los cuentos completos de Julio Cortázar. Sin contar las series antológicas: el cuento fantástico en América Latina, el cuento moderno, etc.

Además edita la revista Casa que ha llegado a sus veinte entregas y va camino de transformarse en el mejor instrumento de reunión y conocimiento de la actual literatura latinoamericana; además organiza anualmente una serie de representaciones teatrales con obras de dramaturgos del continente, entre las que figuró Mauricio Rosencof con Las ranas; además mantiene en constante funcionamiento una sala de exposiciones donde, últimamente, el pintor chileno Matta daba a conocer sus últimas construcciones abstractas; además organiza anualmente un Concurso de Grabados que ha permitido descubrir varias figuras nuevas.

En este momento, tanto por el volumen de sus trabajos como por el nivel de alta exigencia con que los cumple, la Casa de las Américas cumple una obra de difusión e intercambio cultural superior a la famosa División Cultural de la OEA. Cuando en una ocasión yo le reproché al difunto Juan Marín, que la presidía, la parvedad de su labor, éste se limitó a informarme de la gradual amputación de rubros que su organismo había sufrido a lo largo de los años. Lo decía con tal honestidad y con tal pena, que se hacía difícil reprocharle más. Sobre todo cuando señalaba que ninguno, absolutamente ninguno de los países representados en la OEA, había hecho hincapié en la necesidad de desarrollar las tareas de intercambio cultural, dotando adecuadamente a su repartición.

Alguna lección podría desprenderse de este cotejo: para quienes tienen ojos y quieren ver; tienen lengua y quieren decir la verdad. — A. R.